

DESIGUALDAD CENTRO-PERIFERIA EN EL CAMPO ACADÉMICO-INTELLECTUAL. DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO ENTRE PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE TEORÍAS¹

INEQUALITY CENTER-PERIPHERY IN THE ACADEMIC-INTELLECTUAL FIELD. INTERNATIONAL DIVISION OF LABOR BETWEEN PRODUCTION AND CONSUMPTION OF THEORIES

Eugenia Fraga²

RESUMEN En este trabajo tomaremos por objeto al campo académico-intelectual, al cual analizaremos en función de su inherente situación de desigualdad. Como veremos, se trata principalmente de una desigualdad de estatus, específicamente entre los miembros del campo académico-intelectual central y los del periférico, en términos geopolíticos. Sin embargo, también consideraremos la situación estructural de clase de esta categoría de trabajo, desde distintas perspectivas. Así, arribaremos a la constatación de la existencia de una división internacional del trabajo entre producción y consumo de saberes; o mejor dicho, entre regiones que cuentan con el privilegio de la producción de esos saberes, privilegio reconocido como tal, y quienes cuentan apenas con el derecho al consumo de saberes ajenos. Palabras clave: campo académico-intelectual, desigualdad centro-periferia, división internacional del trabajo.

ABSTRACT In this paper we will study the academic-intellectual field, whose inherent inequality situation we intend to analyze. As we will see, it is mainly a matter of status inequality, specifically among the members of central and peripheral academic-intellectual fields, in geopolitical terms. However, we will also analyze the structural class situation of this labor category, from different perspectives. In this way, we will arrive at the conclusion of the existence of an international division of labor between production and consumption of knowledge, or better, between regions that have the privilege of its production, which is recognized as such, and regions which almost only have the right to the consumption of foreign knowledge. Key Words: academic-intellectual field, center-periphery inequality, international division of labor.

INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA

El objeto de esta investigación es la "praxis teórica", esto es, la práctica de la producción de teoría, específicamente dentro de la sociología. Como tendremos oportunidad de explicar, la producción de teoría sociológica está fuertemente atravesada por "situaciones de desigualdad". Sin embargo, no se trata de una desigualdad generada tanto por la estructura de clases –aunque analizaremos también esta dimensión de nuestro objeto–, sino más bien de una desigualdad generada por las diferencias en el "estatus" de los distintos sujetos, potenciales productores de teorías. Las diferencias en dicho estatus tienen que ver con la desigual legitimidad con que cuentan ciertos sociólogos a la hora de actuar como –y de ser reconocidos como– verdaderos "teóricos" de la disciplina sociológica. Y esta desigual legitimidad viene dada por la pertenencia –no elegida– o bien al campo académico-intelectual "central", o bien al campo académico-intelectual "periférico".

En términos de Erik Wright (2010), el "atributo" estatus se reparte aquí diferencialmente entre "unidades" que podríamos denominar "regionales", pero no en términos meramente geográficos, sino estrictamente "geopolíticos". En efecto, parecería ser que los sociólogos que trabajan en las regiones geopolíticamente centrales del campo académico-intelectual –campo a grandes rasgos conformado por los países de Europa Occidental y Estados Unidos–, cuentan con mayor autoridad a la hora de producir investigaciones y textos de carácter teórico, mientras que los sociólogos que trabajan en las regiones periféricas –entre las que se cuentan América Latina, Europa Oriental, África y Asia– parecen obligados a realizar el "trabajo de campo" localizado en el cual los primeros, en todo caso, podrán apoyarse para realizar sus reflexiones. En el presente trabajo nos abocaremos específicamente a la relación entre el centro y la periferia latinoamericana³.

Entendemos aquí "trabajo teórico" como aquel trabajo de carácter fuertemente abstracto que se enuncia como de alcance general o, incluso, "universal"; el "trabajo empírico", en cambio,

¹ Artículo recibido el 27 de febrero de 2017 y aceptado para su publicación el 19 de junio de 2017.

² Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani y Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: euge.fraga@hotmail.com.

³ Para un estudio de alcance global, ver Alatas (2003). Para el caso específico de la Argentina, ver el estudio de Kreimer (2010).

es aquel que debe atenerse a la profundidad del detalle, a la especificidad de tiempo y de espacio, y que por ello se considera limitado en su capacidad de iluminar recortes más amplios de la vida social. Esta "división internacional del trabajo" puede verse de manera clara en la constatación de varios fenómenos: cuáles son las teorías que se enseñan en la formación de los sociólogos, cuáles son los autores que todo trabajo sociológico debe citar, cuáles son las universidades más prestigiosas a las que viajar a realizar posgrados en sociología, cuáles son las revistas sociológicas que otorgan mayores créditos a la hora de publicar artículos, cuáles son los pensadores sociológicos a los que todos acuden a ver cuando estos realizan conferencias en el extranjero, dónde se radican o quiénes manejan los congresos de sociología más numerosos, en qué idioma conviene escribir los informes de las investigaciones sociológicas para garantizarse un público lector más amplio, etcétera.

La división del trabajo recién descrita se explica, desde corrientes de pensamiento como los "estudios decoloniales" (Quijano, 2000), por el hecho de que la sociología, en tanto "ciencia moderna", se rige precisamente por los parámetros de la científicidad y la modernidad, creados en un contexto espaciotemporal específico –la Europa del renacimiento o modernidad temprana–, en forma paralela al comienzo del proceso colonizador –no por casualidad siglos XV y XVI–, el cual, entre otras cosas, implicó la importación de dichos valores a las tierras colonizadas, las cuales, aún luego de la descolonización política, continúan rigiéndose por ellos. Entonces, en términos de Max Weber (1996), Europa –y luego Estados Unidos– tiene el "monopolio" de los valores de la científicidad y la modernidad, imponiéndolos a la vez que excluyendo de ellos a las regiones académico-intelectualmente periféricas. Así, pareciera que la universalidad fuera un atributo del "centro", mientras que las periferias quedan relegadas al lugar de lo particular: de lo "exótico" pero no sustancial, del "desvío" respecto de la norma, de la imitación "atrasada" del modelo original, etcétera.

Dado que se trata de una dominación simbólica y no tanto material, la explicación weberiana del "cierre social", de los "estamentos" y del "acaparamiento de oportunidades", unida al análisis de Pierre Bourdieu (2006a, 2006b) del "capital cultural", el "capital simbólico" y los "campos", y puesta en el contexto explicativo de las "teorías decoloniales" como la de

⁴ Nos referimos a Beigel (2013a, 2013b, 2014). Sin embargo, rescatamos como fundamental el estudio de esta autora acerca de las "teorías de la dependencia" (Beigel, 2006), el caso ejemplar –y prácticamente único– de una teoría producida en Latinoamérica y que logró impacto internacional.

Aníbal Quijano, con sus razonamientos "geopolíticos" respecto del proceso modernizador y sus consecuencias, resultan de utilidad para el caso que tenemos entre manos. Por ello, estas tres serán las herramientas de análisis que pondremos en uso en el presente trabajo. Dividiremos la investigación en tres partes: primero, haremos una revisión de los modos en que el estamento académico-intelectual ha sido caracterizado por diversas corrientes de pensamiento en torno al problema de las clases y de la estratificación social; en segundo lugar, realizaremos el análisis de lo que hemos denominado la división internacional del trabajo en el campo académico-intelectual, con las herramientas ofrecidas por Weber, Bourdieu y Quijano; y finalmente, esbozaremos unas conclusiones programáticas. Antes de pasar al análisis propiamente dicho, cabe aclarar que el presente trabajo se distancia parcialmente de toda una serie de estudios que sostienen que no hay –y que por ende no puede hablarse de– "división del trabajo" en el campo académico-intelectual⁴. Dichos trabajos niegan esa posibilidad, mostrando que en realidad el campo académico-intelectual periférico atravesó desde temprano en el siglo XX procesos de "internacionalización" que lo llevaron a insertarse en el campo global, por lo que desde entonces hubo siempre idas y vueltas, cruces no lineales y circulaciones heterogéneas de ideas. Ahora bien, aceptar que existió dicho proceso de internacionalización no lleva de ningún modo a concluir que la inserción de los campos periféricos se haya dado en forma igual a la inserción de los campos centrales. En efecto, como los mismos datos proporcionados por dichos estudios muestran, la inserción del campo académico-intelectual periférico en el campo global de la circulación de las ideas se da de manera desigual: sus producciones son menos leídas y menos usadas en investigaciones posteriores, son menos traducidas a otros idiomas y, en definitiva, permanecen más ignotas y las rodea un menor estatus simbólico. Incluso se da el fenómeno por el cual lo "internacionalmente" prestigioso es tenido en alta estima tanto en el centro como sobre todo en la periferia, que se ve obligada a dar cuenta siempre del manejo de esas autoridades, mientras que las autorías "locales" son leídas y referenciadas casi únicamente en la periferia. Es interesante señalar también el caso, estadísticamente infrecuente, en que un autor periférico obtiene renombre internacional, caso que casi siempre implica que el autor se ha

⁵ Para estudios sobre una “autoidentificación científica” latinoamericana durante el siglo XX, ver Miceli (2001), Vessuri (2007), y Garretón, Murnis, De Sierra y Trindade (2005).

mudado a un país central y que, por ello, comienza a escribir en alguna lengua central. Todo esto, consideramos, nos habilita a hablar de “desigualdad” y de “división del trabajo”.

Por otro lado, cabe subrayar con fuerza que la postura de este trabajo de ningún modo implica suponer que “centro” y “periferia” son espacios homogéneos. Pero mucho menos implica suponer que desde la periferia solo hay algo así como una “recepción” pasiva, una mera “copia” de lo recibido, o alguna noción semejante. De ningún modo, más bien lo contrario. Precisamente porque se sabe de primera mano acerca del intento cotidiano de producción no solo de lecturas “creativas” y de “readaptaciones” que crean novedades, sino de teorías verdaderamente “originales” en la periferia, y de los obstáculos geopolíticos con los que ellas se encuentran para su financiamiento, legitimidad en el espacio público, libertad de formato y de género discursivo, difusión internacional, lectura efectiva y referenciación desde el centro, es que se escribe este artículo⁵. Entonces, hacer uso de categorías como desigualdad centro-periferia, o división internacional del trabajo, no está al servicio de reforzar esa realidad, sino de visibilizarla al nombrarla. Y al revés: no usar categorías críticas como esas –u otras– no modifica esa realidad, sino que apenas la oculta. Del mismo modo, esta investigación no sugiere que todo lo producido en el centro sea original en el sentido de creado “desde cero”, porque todo conocimiento se construye apoyado en conocimientos anteriores, provengan ellos de donde provengan, ni tampoco que toda producción reconocida como autoridad en el campo sea por ello valiosa, digna de ser tenida en cuenta, o mucho menos progresista. Justamente porque esto no es así, es que es necesario derribar los obstáculos que dificultan la producción y circulación de ideas alternativas.

CARACTERIZACIÓN DEL CAMPO ACADÉMICO-INTELLECTUAL Y SUS ESTAMENTOS

Lo que hemos venido denominando campo académico-intelectual ha sido caracterizado, por diversas corrientes de pensamiento preocupadas por la estructura de clases sociales, de diversos modos. En primer lugar, desde la perspectiva neomarxista, Wright fue ofreciendo, a lo largo de su obra, distintas respuestas al dilema de un grupo que no pertenecía de manera unívoca ni a la burguesía, ni al proletariado. Así, la primera

solución que elaboró fue la de las "posiciones contradictorias". Consideró que los profesionales, los expertos, los especialistas y los técnicos pertenecían simultáneamente a la clase obrera y a la pequeña burguesía. Eran pequeños burgueses porque mantenían niveles relevantes de autonomía respecto de su propio proceso laboral, pero eran también proletarios porque para poder trabajar debían de todos modos vender su fuerza de trabajo a alguna fuente de capital privada o pública. Es por esta combinación de factores que el autor ideó la noción de "empleados semiautónomos". Esta concepción implicó, además, que dichos grupos constituían una posición contradictoria que combinaba dos modos de producción diferentes: el capitalista –por el lado de la clase obrera– y el mercantil simple –por el de la pequeña burguesía– (Wright, 1992: 62).

Pero dado que el concepto de "autonomía" no correspondía al marco teórico marxista, el autor reformuló su propuesta. La segunda solución ofrecida por Wright para caracterizar al campo académico-intelectual, entonces, fue la de los "múltiples niveles de explotación". Suponiendo distintos modos de producción, cada uno de los cuales se fundara en diversos tipos de recursos, podía pensarse que el control de uno u otro de dichos recursos redundaría en una forma específica de explotación. Así, la explotación feudal se basaría en la propiedad de los bienes de fuerza de trabajo; la explotación capitalista, en la propiedad de los bienes de capital; la explotación estatista, en la propiedad de los bienes de organización; y la explotación socialista, en la propiedad de los bienes de cualificación. En este contexto, los que antes eran denominados empleados semiautónomos pasaron a ser grupos "capitalistamente explotados" a la vez que "socialistamente explotadores", es decir, grupos explotados por no poseer bienes de capital, pero explotadores en tanto poseedores de bienes de cualificación. Y esto último por el hecho singular de que es gracias a su monopolio de credenciales formacionales y educativas que logran apropiarse de cierto excedente (Ídem, p. 65-67).

Pero esta segunda solución tampoco resultó satisfactoria. Dado que no existe relación laboral necesaria entre los grupos cualificados y los trabajadores no cualificados, no puede decirse que los primeros exploten a los segundos en términos generales. En todo caso, los bienes de cualificación permiten que su poseedor esté "menos explotado", respecto del capital, que el obrero. Es

decir que la cualificación es fuente de privilegios, pero no necesariamente de explotación a terceros (Ídem, p. 68-75). Esta constatación lleva a Wright a elaborar una tercera solución, la de las "trayectorias de clase". Los profesionales, especialistas, expertos y técnicos están en "posiciones objetivamente indeterminadas o ambiguas", porque no dependen simplemente de su estado actual en un momento dado de la estructura de clases, sino de la parcial contingencia de sus estados futuros. En efecto, estos grupos pueden, a la larga, mantenerse como empleados o devenir empleadores, acceder a posiciones más o menos directivas o, incluso, convertirse en auto-empleados o trabajadores independientes. Estas potencialidades llevan a estos grupos a encontrarse, en general, "menos proletarizados" y "menos alienados" que el resto de las categorías de trabajadores (Ídem, p. 104-107).

Ahora bien, en paralelo a la cuestión de la ubicación de estos grupos en la estructura social, emerge el problema de la definición de sus intereses o su ideología. La tradición neomarxista de la que forma parte Wright ubica a los profesionales, especialistas, expertos y técnicos dentro de la "superestructura" de la sociedad, ya que ellos suelen ser empleados de los "aparatos político-ideológicos", es decir que su participación en la producción material es indirecta. A su vez, dentro de la superestructura, estos grupos pueden ostentar posiciones ideológicas de distinto tipo: a) posiciones burguesas, en el caso de que tengan el control sobre la ideología a producir en el aparato del que formen parte –como lo tienen los altos cargos políticos en instituciones universitarias, investigativas, estrictamente políticas o estrictamente empresarias–; b) posiciones pequeñoburguesas, en el caso de que tengan el control sobre su propia producción ideológica individual, pero no sobre la del aparato entero –como los intelectuales independientes, los investigadores independientes, los profesores universitarios o los consultores–; y c) posiciones proletarias, en el caso de que no controlen la ideología que sin embargo están encargados de difundir –como en el caso de los profesores primarios y secundarios, o en el de los investigadores auxiliares– (Wright, 1983: 88-90).

Pero, además, Wright sugiere, para analizar los intereses de estos grupos, distinguir entre los "intereses inmediatos" y los "fundamentales". Los intereses inmediatos son aquellos que estos grupos académico-intelectuales tienen al interior de la estructura de clases propia del modo de producción capitalista. Los

intereses fundamentales, en cambio, son los que cuestionan las bases mismas de esa estructura social. Así, y dependiendo de las condiciones de la lucha de clases, los trabajadores semiautónomos pueden organizarse en asociaciones obreras –como los sindicatos–, en entidades pequeñoburguesas –como las asociaciones profesionales–, o pueden no organizarse de ninguna forma, reproduciendo los intereses de la burguesía (Ídem, p. 83-102). Todo esto, a su vez, aparece atravesado por el hecho de que, en gran parte, los trabajadores semiautónomos suelen ser empleados estatales y no privados, lo cual refuerza la mediación entre su producción –ideológica– y la producción material de la estructura social del capitalismo. La consecuencia probable de esto, se arriesga el autor, es que quienes tengan esta posición presenten mayoritariamente una orientación ideológica "estatista" –y no estrictamente capitalista, pero tampoco socialista– (Wright, 1992: 116).

Esto en cuanto a la corriente neomarxista. Pero el campo académico-intelectual también ha sido caracterizado por la tradición neweberiana. Parado allí, John Goldthorpe elabora, para caracterizar al campo académico-intelectual, el concepto de "clase de servicio". Esta está conformada por los empleados profesionales en el servicio público –las distintas escalas de funcionarios estatales–, en el sector privado –al modo de los consultores– y en los servicios sociales –que incluyen al sector educativo, al periodístico y al investigativo. Estos "agentes distribuidores del bienestar" constituyen un tipo de empleado que realiza un trabajo no productivo, pues no generan plusvalía, sino que más bien parte de la plusvalía del sector productivo se convierte en la fuente de su salario. Lo que distingue a la clase de servicio de la clase trabajadora clásica es la forma de la relación empleador-empleado: a diferencia de lo que sucede con el contrato de trabajo tradicional, el empleo profesional se funda en un "código de servicio", que implica sobre todo una relación de confianza entre ambas partes. Efectivamente, los empleadores les delegan dosis de autoridad, autonomía y discrecionalidad a sus empleados en tanto poseedores de conocimiento especializado y experto, es decir, en tanto se los reconoce como aptos para la toma de decisiones y de juicios. Esta delegación es concebida como una compensación en pago a una exigencia que se hace al empleado de servicio de mantenerse comprometido con la or-

ganización que lo emplea, fidelidad que no siempre se cumple (Goldthorpe, 1992: 236-239).

Surge también en esta corriente de pensamiento la cuestión de la ideología y los intereses de la clase de servicio. Para Goldthorpe, el interés primordial de los empleados profesionales es el del desarrollo de estrategias corporativistas, es decir, de estrategias que den pie al crecimiento de las instituciones estrictamente profesionales y organizadas a nivel nacional-estatal, dado que estas son la fuente de su poder social. Esto, a su vez, se explica porque la ideología que legitima la cesión de autoridad, discrecionalidad y autonomía es la "meritocracia", en tanto ella valoriza las cualificaciones y credenciales que precisamente son las posesiones diferenciales de estos grupos. La meritocracia, además, se combina con la ideología "tecnocrática", que encumbra la propiedad de los saberes expertos, especializados y técnicos, en tanto fuentes de idoneidad para la toma de decisiones en cuestiones específicas en el marco de una sociedad compleja como la moderna. Y, justamente, la meritocracia y la tecnocracia encuentran su suelo más firme en las instituciones y los procedimientos corporativistas (Ídem, p. 255-260).

En la misma línea de Goldthorpe, pero en un plano más general, se remarca la idea de la existencia de procesos de "cierre social" mediante los cuales los grupos buscan incrementar sus beneficios limitando el acceso a recursos. Esta monopolización de oportunidades implica que hay un bien material o simbólico que es valorado, y también que el grupo lo acapara a partir de la valorización de sí y de la desvalorización de los demás grupos, justificando así, en un único movimiento, su propio acceso al bien y la exclusión de los otros al mismo. Como explica Frank Parkin, este proceso es generador de desigualdades, en tanto se funda en la construcción de comunidades de estatus diferenciales por medio de una distribución del poder social. La monopolización da como resultado posiciones privilegiadas y subordinadas en la escala social, que se condicen con discursos sobre la superioridad y la inferioridad de los diferentes grupos en competencia (Parkin, 1984: 69-71). En general, además, los parámetros en los que se basa la distinción entre los grupos es avalado, por acción o por omisión, por los estados, en tanto ellos regulan y legalizan, por ejemplo, las normativas atinentes a la distribución de cualificaciones y al ejercicio de las profesiones (Ídem, p. 137-141). Esta corriente de pensamiento se denomina neoweberiana pre-

cisamente porque se hace eco de la teoría de Max Weber, quien señalaba a los "estamentos" como una de las formas de jerarquización de la sociedad. Para este autor, la división en estamentos provoca que los grupos con desigual de poder social devengan en comunidades, es decir, se unan en torno a una cosmovisión y a un modo de vida, o a una forma de entender el mundo y a una manera de moverse en él que le corresponde. Los estamentos generan distancia y exclusivismo entre los grupos, porque se fundan en una idea del "honor" –también denominado "estima social"–, el cual se supone es poseído o no y en distintos niveles por las distintas comunidades estratificadas. Los estamentos eran la forma típica de estratificación en las sociedades anteriores a la modernidad, y en ellas la clave de la distinción entre la aristocracia y la masa popular era la obligación o no de realizar trabajo físico, el cual era visto como un rebajamiento. La división estamental, sin embargo, persiste en la modernidad –aunque combinada con la estratificación en clases económicas, que deviene hegemónica. Y como iremos viendo en lo que sigue, se mantiene incluso con su separación valorativa entre el trabajo físico y el mental, asociado al ocio (Weber, 1996: 684-687).

Estos lineamientos serán retomados también por Seymour Lipset y Reinhart Bendix, quienes señalarán la tendencia de toda sociedad compleja hacia la aristocratización de alguno de sus estratos, lo cual implica una limitación a la movilidad social del resto. El estrato aristocratizado deviene una "élite" o un punto de liderazgo incluso en el seno de la sociedad moderna (Lipset y Bendix, 1963: 18-19). En este marco, el poder de un grupo –aunque también de un individuo cualquiera– es una medida del grado en que logra imponer su cosmovisión o su ideología a los demás –grupos o individuos–, producto de su posición social. Estos grupos, ubicados en función de su poder de imposición simbólica –y con ello, también práctica– constituyen, por ello mismo, "clases de poder" (Ídem, p. 297).

En cuanto a los empleados de servicio, los autores muestran que la estratificación social moderna ubica en la cima de la pirámide social a los grupos encumbrados económicamente –es decir a los empleadores–, pero inmediatamente después de ellos a las ocupaciones que requieren largos años de aprendizaje (Ídem, p. 17). El elevado prestigio de los empleados altamente calificados, sin embargo, no se ve acompañado de ingresos elevados, lo cual genera "discrepancias de estatus" (Ídem, p. 287-289). Como

veremos en el próximo apartado, las discrepancias son incluso mayores en los países en los que los salarios de estos grupos profesionales son todavía más bajos, esto es, en los países periféricos del sistema moderno. La obra de Bourdieu, que combina elementos marxistas y weberianos, profundiza en cuestiones complementarias a las antedichas. El autor dice de los intelectuales y/o académicos que constituyen "la fracción dominada de la clase dominante", de modo parecido a los autores anteriores, gracias a su singular combinación de máximo capital cultural y moderado capital económico (Bourdieu, 2006b, gráficos 11 y 12: 260). Pero como iremos viendo a lo largo del presente escrito, en las regiones periféricas del espacio social internacional, los intelectuales y/o académicos constituyen, más bien, la fracción dominante, pero de la clase dominada.

Para el caso del campo académico-intelectual, entonces, iremos viendo en la segunda parte de este trabajo que en su interior pueden distinguirse dos grandes estamentos o clases de poder: el central y el periférico, que son el privilegiado y el subordinado, respectivamente. En ese caso, el bien valorado es el privilegio de la producción de teorías universales, o mejor dicho, el reconocimiento de un estatus que habilita esa práctica, mientras que el bien inferiorizado es el de la reproducción de aquellas teorías en la ejecución de trabajos empíricos o aplicados. Paralelamente, toman forma discursos o cosmovisiones que otorgan dicho privilegio al primer grupo y se lo niegan al segundo, basándose en criterios que, a pesar de tratarse de un campo moderno-científico, son adscriptivos, porque tienen que ver con el origen étnico, nacional, lingüístico, etcétera. En efecto, como veremos, la etnia, la lengua o la nacionalidad parecerían ser los parámetros –siempre velados– de inclusión y exclusión a lo que nos gustaría denominar el "privilegio de la teoría".

ANÁLISIS DE LA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO EN EL CAMPO ACADÉMICO-INTELLECTUAL

Las teorías decoloniales como la de Quijano explican cómo el capitalismo y la modernidad se encuentran inherentemente penetrados por mecanismos coloniales y etnocéntricos. Este multifacético "patrón de poder" produce, entre otras cosas, una clasificación de la población mundial sobre la idea de "raza" y, a partir de ella, sobre la etnicidad, la nacionalidad y la dife-

rencia cultural. Históricamente, la modernidad y el capitalismo devinieron mundiales en paralelo –y gracias– al proceso colonizador que se legitimó a partir de discursos que marcaban una supuesta estructura biológica diferencial entre los grupos dominadores y los dominantes. No solo el fenotipo de los colonizados resultó subvalorado, sino también su cosmovisión. Además, sobre esta concepción normativa se cimentó una división del trabajo racializada, donde los trabajos peores –esclavos, serviles, forzosos, informales– eran asignados a los grupos considerados inferiores (Quijano, 2000: 201-205).

Una vez abolido el sistema colonial en términos formales, continuó no obstante esta clasificación social mundial, tanto en el plano valorativo como en el plano de las prácticas, sobre todo porque las sociedades descolonizadas heredaron esa estructura social, la cual siempre es difícil de modificar. Los ex esclavos y siervos solo accedieron a las posiciones más proletarizadas de los mercados laborales de los nuevos estados nacionales supuestamente independientes, mientras que las nuevas élites criollas y mestizas pudieron acceder en forma creciente a las clases medias, producto de su ingreso privilegiado a los sistemas educativos con sus cualificaciones y credenciales. Paralelamente, se mantenían, gracias a su socialización en el sistema educativo –y luego también en los medios de comunicación masiva–, las concepciones eurocéntricas en torno a las formas legítimas de la política, la economía, la cultura en general y las formas de producción del conocimiento en particular. Lo racional, científico y moderno era visto como un rasgo de los antiguos colonos, mientras que lo local se reducía a lo irracional, lo mítico y lo tradicional, meros objetos de estudio, pero nunca sujetos de saber legítimo. Esto es lo que permitió que los centros de producción intelectual de nuestra era se localizaran en Europa Occidental –y más adelante, también en Estados Unidos, por el éxito en su equiparación a los estándares eurocéntricos– (Ídem, p. 211-219).

Por su parte, las investigaciones de Bourdieu muestran que las desigualdades ante la "racionalidad" –que justifican las desigualdades en el acceso a lo que denominamos el "privilegio de la teoría"– son el reflejo y el producto de las desigualdades sociales. En tanto, fue el patrimonio de una civilización particular, es decir, el conjunto heredado de experiencias acumuladas y técnicas aprendidas de un grupo, pero que se

impuso a todos los demás, y resulta evidente que algunos se mueven en su seno con mayor comodidad que otros. Para quienes no constituía originariamente parte de su cosmos, se trata de un capital que hay que aprender para sobrevivir, y no ya de un capital naturalizado mediante la herencia cultural. Este hecho es el que da forma a la dependencia actual de los países del "tercer mundo" respecto de los del "primero". El imperialismo de la racionalidad occidental es en unos una disposición innata y en otros, asimilación trabajosa; en unos filosofía vivida e implícita –una "atmósfera que se respira"– y en otros, un aprendizaje de algo ajeno, lento. Esto trae como resultado una discordancia entre los habitus o estilos de vida y las estructuras impuestas, junto a sus ideologías de sustento o ethos (Bourdieu, 2006a: 26-33).

A esto se suma, explica el autor, el hecho de que en la mayoría de los países en vías de desarrollo una amplia porción del mercado laboral es informal, con lo cual muchos trabajadores, incluidos los empleados profesionales, especialistas, técnicos y expertos –y sobre todo al estar empleados en el sector público–, son trabajadores intermitentes, precarizados y vulnerabilizados, a pesar del relativo privilegio otorgado cuando se poseen credenciales académicas (Ídem, p. 115-118). Como muestran estudios sobre la situación laboral para el caso específico de América Latina, el trabajo estable representa un porcentaje bajo dentro del total, con lo cual se debilitan las condiciones de "carrera", de ascenso y de gratificación supuestamente inherentes a los empleos cualificados con código de servicio, y se instalan en su lugar la "incertidumbre", la "casualización", la "pauperización" y la "inseguridad social" (Filgueira, 2007: 24). Todo esto, evidentemente, constituye una nueva capa de desigualdad respecto del estrato central o hegemónico dentro del campo académico-intelectual.

Volviendo a Bourdieu, la posesión o no posesión –y con ello, la posibilidad o no de acumulación– de estos privilegios o perjuicios, produce formas de distinción objetivadas e incorporadas en signos y símbolos de poder (Bourdieu, 2006b: 282). Se genera, entonces, una oposición latente entre los poseedores y los potenciales "pretendientes", una oposición institucionalizada por la misma lógica estamental del campo, la cual inducirá al despliegue de trayectorias jerarquizadas e historias de posiciones dominantes y dominadas (Ídem, p. 297-298). La

contraposición entre las distintas categorías –en este caso, entre las distintas fracciones de académicos y/o intelectuales– se corporizan en carreras profesionales bien diferentes a escala internacional, lo cual, a su vez, redundando en diferentes grados de reconocimiento –estrictamente profesional pero también en el ámbito lego– (Ídem, p. 312). Este contraste puede o no generar una lucha, pero en general no lo hace, puesto que normalmente las fracciones dominadas aceptan como propias las cosmovisiones –las "reglas de juego"– de las fracciones dominantes, como también buscan adquirir su misma posición, en vez de generar posiciones novedosas –es decir, que sigan "lógicas" alternativas. Generalmente, la "estima de sí" de los puntos subalternos del campo depende aún de los valores socialmente hegemónicos (Ídem, p. 353-354).

Por un lado, entonces, tenemos a los productores –en nuestro caso, de teoría sociológica–, y, por el otro, a los consumidores. Bourdieu explica que los productores –o autores– poseen una "autoridad estatutaria" y carismática que les otorga cierta "altiva libertad" para la creación. Los consumidores, en cambio, se ven reducidos a meros reproductores de la creación ajena, a meros lectores de los contenidos heterónomos, a "monos imitadores" de la acción de alter (Ídem, p. 327). Estos últimos, "pretendientes pretenciosos", ven devaluados sus propios saberes y técnicas por aparecer demasiado subordinados a fines prácticos, demasiado interesados en cuestiones de urgencia concreta y demasiado marcados por particularismos, especialmente en contraposición a aquellos tipos de conocimiento más "fundamentales" y "puros" (Ídem, p. 334). Vuelve a emerger aquí, como vemos, la separación entre las habilidades prácticas, parciales y tácitas, y los conocimientos teóricos, sistemáticos y explícitos; entre la ciencia y la técnica, entre la teoría y la práctica, entre la concepción y la ejecución. Así, los legítimos intelectuales o creadores de obras originales no son todos sino solo algunos; los otros serán simples repetidores desposeídos (Ídem, p. 356). Aunque la postura de Bourdieu puede sonar extrema, porque efectivamente nunca hay pura imitación, sino que emergen constantemente adaptaciones más o menos creativas, su concepción más general resulta acertada.

Michael Burawoy, por su parte, nos muestra la experiencia radicalmente distinta que supone, aún en el marco del capitalismo, poder tener un "momento subjetivo" en el trabajo, el cual,

gracias a cierto "margen de iniciativa", permite poner en juego el instinto lúdico y el impulso creador. Si el trabajo, en cambio, se reduce a la rutina de la repetición de reglas ajenas, se cierra toda posibilidad al prestigio, a la "autosatisfacción" y a la "sensación de realización" (Burawoy, 1989: 103-104, 114-116). Por otro lado, el autor demuestra que, dado el escalonamiento jerárquico del prestigio de las ocupaciones existentes, no toda la población activa logra alcanzar los puestos más valorizados. En efecto, existen mercados de trabajo –por ejemplo, como hemos visto, el mercado del trabajo profesional, técnico, experto y especializado– cuyas "normas de transformación" no conjugan las "preferencias teóricamente libres" de los trabajadores por determinadas ocupaciones, sino que se basan en otro tipo de requisitos funcionales del sistema capitalista moderno –como los mencionados más arriba–, y que al asignar ocupaciones en función de escalas de poder exógenas, ponen trabas al acceso de ciertas fracciones a empleos con "momento subjetivo" o creativo (Ídem, p. 125-128). Y en el plano internacional, el mercado de trabajo académico-intelectual se divide asignando, como hemos visto, las posiciones jerárquicas, dominantes, hegemónicas –es decir, de mayor prestigio, honor, reconocimiento y legitimidad para el ejercicio de una autoridad productiva y universalizable– a individuos de las regiones centrales, y el resto de las posiciones ejecutoras de labores ideadas por otros, a individuos de las regiones periféricas del sistema mundial. Esta cuestión del momento subjetivo del trabajo, que ocupaciones como la intelectual parecerían suponer, nos recuerda al análisis de la intelectualidad como "artesanato" de dos autores fundamentales: Charles Wright Mills y Alvin Gouldner. En primer lugar, Wright Mills defendió fuertemente la posibilidad de concebir la tarea intelectual como una forma entre otras de trabajo artesanal, en oposición a la creciente tendencia del campo académico a convertirse en un espacio más de producción y consumo industrial, seriado, impersonal, tecnológico y burocratizado. Viendo estas tendencias generales de las sociedades modernas, y especialmente a medida que avanzaba el siglo XX, sugirió un conjunto de medidas concretas para impedir la alienación de los trabajadores mentales, alienación causada por el pasaje de una actividad "completa" en sentido fuerte, en la cual una persona construye una continuidad subjetiva y objetiva entre el trabajo y el ocio, entre las preocupaciones vitales y las laborales, a una actividad segmentada, en la cual esas dos esferas se ven cada vez

más extrañadas la una de la otra. Las medidas que sugirió, entonces, tienen que ver con el mantenimiento de ciertas técnicas y oficios en el trabajo intelectual, por ejemplo, a partir del trabajo con papeles, fichas, archiveros –en contra de la escritura, análisis y edición tecnológica–, combinadas con el uso constante de la imaginación –por ejemplo, a través de los juegos de palabras–, pero también la politización y la divulgación (Wright Mills, 2003).

Por su parte, y en segundo lugar, Gouldner sostuvo una postura parecida, con su demostración de que el trabajo intelectual clásico era más parecido a los antiguos oficios artesanales que al trabajo no calificado y serializado, cada vez más predominante. Es que tanto la intelectualidad como el artesanato implican alta cualificación, creatividad, pero también un sistema comunitario de fraternidad entre maestros y aprendices, entre profesores y estudiantes, entre figuras de talento y sus herederos o discípulos. En este sentido, uno de los puntos fuertes de ambas profesiones, y que se estaría perdiendo con el avance de la modernidad, es aquel antiguo y premoderno rasgo de las cofradías, hermandades y gremios, de su actividad cooperativa y mutualista, en cuyo seno podía desarrollarse con libertad un saber con visos artísticos, en donde el cuerpo y la mente no estaban disociados. Por ello, también este autor habla de la pérdida de ese carácter holista de la intelectualidad artesanalmente concebida, y su reemplazo por la fragmentación en distintos aspectos de la existencia. En su opinión, un modo de recuperar el sentido de totalidad perdida es la concepción de la actividad intelectual como forma de "recuperación" de sí mismo, como forma de auto-conocimiento, además de conocimiento del mundo (Gouldner, 1985).

CONCLUSIONES PROGRAMÁTICAS

Para finalizar, nos gustaría realizar unas conclusiones de orden más bien programático. Dado el estado de situación planteado a lo largo del trabajo, consideramos que parte de la solución viene dada por una serie de acciones y medidas a tomar. Para empezar, debido a que se trata de una desigualdad en el ámbito del reconocimiento y la legitimidad –lo que hasta ahora llamamos cosmovisiones–, la forma de "justicia" que ponga fin a la misma deberá desplegarse en ese mismo terreno. Retomamos aquí los aportes de Nancy Fraser, quien nos recuerda que el reconocimiento es un concepto filosófico de larga data

que supone una relación recíproca entre sujetos individuales o colectivos, en la que cada uno ve al otro como "otro", pero también como "igual" a pesar de esa otredad. Las injusticias en este plano son primordialmente simbólicas, pues se encuentran enraizadas en patrones sociales de "representación, interpretación y comunicación". Así, podemos hablar de "dominación cultural" cuando un grupo es sometido a patrones de interpretación ajenos u hostiles a los propios, de "no-reconocimiento" cuando un grupo es invisibilizado a través de ciertas prácticas comunicativas, y de "falta de respeto", cuando un grupo es menospreciado sistemáticamente en las representaciones culturales cotidianas (Fraser, 2008: 85-87).

Como dijimos, la solución a estas formas de la desigualdad es de orden simbólico, y las hay de dos tipos. Una solución parcial o superficial sería reevaluar las particularidades no respetadas y valorizar sus productos culturales, partiendo del axioma de la "riqueza de la diversidad". Pero una solución más abarcativa y profunda –y es esta última por la que abogamos– debería apuntar a transformar la totalidad de los patrones sociales de representación, interpretación y comunicación (Ídem, p. 88-89). Así, no se trataría tanto de reconocer el aporte de los saberes locales, particulares y prácticos –si bien esto también es necesario–, sino más bien de modificar las estructuras sociales de tal modo que cualquier grupo pueda, potencialmente, gozar del "privilegio de la teoría" y del de la universalidad, y ser reconocido en ese ejercicio, independientemente de factores como la nacionalidad, la etnicidad o la lengua en que se escribe y se piensa. Esto permitiría, al decir de Bourdieu, imprimir sobre ese antiguo privilegio una "marca propia", "poseerlo" al volverlo personal, ocuparlo y "habitarlo" porque entonces sí se podrán cumplir sus expectativas (Bourdieu, 2006a: 145). Para esto, la dirección de la transformación de los patrones sociales deberá ser la de la real democratización de los habitus productivos y de las disposiciones creativas y artesanales, para lo cual se requiere primero una "toma de conciencia" de la situación hoy imperante (Ídem, p. 154).

BIBLIOGRAFÍA

ALATAS, S.F. (2003). "Academic dependency and the global division of labour in the social sciences". *Current Sociology*, 51(6), 599-613.

BEIGEL, F. (2006). "Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia". En Beigel, F.; Falero, A.; Gandarilla Salgad, J.G.; Kohan, N.; Landa Vásquez, L.; Martins, C.E.; Mahón, C.; Rodríguez Enríquez, C. y Schorr, M. (eds.) *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

BEIGEL, F. (2013A). "Centros y periferias en la circulación internacional del conocimiento". *Nueva Sociedad*, 245.

Beigel, F. (2013b). "David y Goliath. El sistema académico mundial y las perspectivas del conocimiento producido en la periferia". *Prohistoria*, 15, 15-34.

BEIGEL, F. Y SABEA, H. (2014). Introducción. En Beigel, F. y Sabea, H. (coord.) *Dependencia académica y profesionalización en el sur. Perspectivas desde la periferia*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.

BOURDIEU, P. (2006A). *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2006b). *La distinción. Estudio sobre las bases sociales del gusto*. Buenos Aires: Taurus.

BURAWOY, M. (1989). *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Madrid: Ministerio de Trabajo.

FILGUEIRA, C. (2007). "La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina". En Franco, R.; León, A. y Atria, R. (coord.) *Estratificación y Movilidad social en América Latina*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

FRASER, N. (2008). "La justicia social en la era de la política de la identidad: redistribución, reconocimiento y participación". *Revista de Trabajo*, 4(6), 83-99.

GARRETÓN, M.A.; MURMIS, M.; DE SIERRA, J. Y TRINDADE, H. (2005). "Argentina, Brazil, Chile, Mexico and Uruguay. Social science in Latin America: a comparative perspective (1930-2003)". *Social Science Information*, 44(2-3), 558-593.

GOLDTHORPE, J.H. (1992). "Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro". *Zona Abierta*, 59/60, 229-263.

Gouldner, A.W. (1985). *Against fragmentation. The origins of marxism and the sociology of intellectuals*. Nueva York: Oxford University Press.

KREIMER, P. (2010). *Ciencia y periferia: nacimiento, muerte y resurrección de la biología molecular en la Argentina: aspectos sociales, políticos y cognitivos*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

LIPSET, S.M. Y BENDIX, R. (1963). *Movilidad social en la sociedad industrial*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Miceli, S. (2001). *História das ciencias sociais no Brasil*, Vol. 2. San Pablo: Sumaré.

PARKIN, F. (1984). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*. Madrid: Espasa-Calpe.

QUIJANO, A. (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

VESSURI, H. (2007). *La ciencia como idea-fuerza en América Latina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

WEBER, M. (1996). *Clases, estamentos y partidos. Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

WRIGHT, E.O. (1983). *Clases, crisis y estado*. Madrid: Siglo XXI.

WRIGHT, E.O. (1992). "Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases". *Zona Abierta*, 59/60, 17-125.

WRIGHT, E.O. (2010). *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogotá: Universidad del Rosario.

WRIGHT MILLS, C. (2003). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.